

LA MUJER EN LA LOTA DE HOY. DE LA ESTRUCTURA PATRIARCAL A LA FEMINIZACIÓN DE LA CIUDAD¹.

Patricio Medina Hernández² y Alejandro Varas Alvarado³

avance de investigación en curso.
GT06 - Imaginarios sociales, memorias y poscolonialidad.

RESUMEN

Esta investigación se propone describir, analizar e interpretar las transformaciones identitarias de los habitantes de Lota, desde los estudios de género, considerando aquellas transformaciones vinculadas a los cambios socioeconómicos de las últimas décadas en dicha ciudad. Se profundiza cómo estas subjetividades han experimentado modificaciones asociadas al término de las actividades mineras, las cuales dotaron de un carácter patriarcal y proletario a la ciudad, carácter que entra en crisis y reconversión. De esta manera, se examina el papel de la mujer, y su rol en el trabajo comercial de la feria, como surgimiento y expresión de una nueva hegemonía en el quehacer de la ciudad; proceso que hemos denominado feminización de la ciudad.

Palabras clave: Lota, género, feminización

RESEÑA DE UNA CIUDAD PIONERA Y SINGULAR

La ciudad de Lota, ubicada en la VIII región, al sur de Concepción, destaca por ser el sostén de la matriz energética del país al menos por cien años; sus grandes reservas de carbón permitieron levantar esta urbe industrial al modo de una company town, desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX.

Su historia se desarrolla desde mediados del 1800, cuando algunos pioneros se atrevieron a cruzar La Frontera y comenzar a extraer carbón desde la cuenca de Arauco, e ingresar con capitales para la extracción del recurso. Junto con ello, comenzó el asentamiento de una población de trabajadores que fue creciendo con el tiempo, los que se constituyeron como la primera clase de asalariados chilenos, situación que se da en paralelo con los trabajadores del salitre en el norte. Allí se establecen los primeros proletarios, los mineros. Es decir, Lota destaca históricamente porque allí puede observarse, como en un laboratorio, el surgimiento del capitalismo chileno con todos sus procesos contradictorios y conflictivos entre capital y trabajo, llegando a ser la primera ciudad industrial de Chile; así como también por el proceso de territorialización de un lugar ubicado más allá de la Frontera. Antropológica y sociológicamente, es el lugar de la identidad proletaria y de la lucha de clases.

En sus comienzos llegaron algunas decenas de hombres atraídos por el capital y el trabajo, “el obscuro minero, junto a su caballo y a su perro” (Galleguillos, 1952, p. 18), siendo 152 operarios hacia 1852. Estos primeros hombres han quedado en la memoria como ejemplos legendarios en la tradición lotina; hombres con empuje, “con la decisión, con la energía del roto chileno que trabajaba en la mina, con una especie de mágica atracción, de interés, acaso más que a la paga, por aquello que tenía de peligroso, de sorpresivo y audaz la faena de la mina” (Durand, 1952, p. 30).

¹ Investigación en desarrollo, Concurso de Investigación Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

² Antropólogo, profesor e investigador de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

³ Psicólogo, profesor e investigador de la Escuela de Psicología de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

También, y como ícono central de las leyendas titánicas de la fundación y desarrollo, está la imagen o contraimagen del fundador, del visionario Matías Cousiño, quien vio y proyectó el “oro negro” de manera sólo comparable con Santos Ossa o Juan Godoy con el oro blanco o la plata en el norte de Chile. “Este hombre admirable, fino de espíritu y emprendedor como el que más” (Subercaseaux, 1952, p.40), llegó a construir el primer holding chileno (Rodríguez y Medina, 2011).

El proceso histórico de la clase obrera dentro de una company town le ha dado un carácter particular al desarrollo de la ciudad, donde el rigor del trabajo con sus horarios y normas, son acompañados en el diseño de una ciudad construida para tal efecto, al menos en Lota Alto, con sus pabellones en las cercanías de las entradas a los piques de la mina.

Lota ha quedado para siempre en la imagen e historia de nuestro país. Tal como ha sido dicho, por una parte tenemos la imagen de la primera ciudad industrial del país, con la primera planta hidroeléctrica de Chile, Chivilingo (1897), alumbrado público, alcantarillado, calefacción en las viviendas, instalaciones portuarias, ferrocarril eléctrico, planta telefónica del país. En la ciudad se encuentra la Compañía Industrial de Lota (explotación del carbón), la Sociedad Agrícola y Forestal Colcura (recursos forestales), Refractarios Lota Green, S.A. (cerámica), y la Empresa de Administración de Flota que transporta el mineral a través de la Compañía Naviera Arauco S.A. (Rodríguez y Medina, 2011). Aparte del capital tenemos la imagen del trabajo representada en el minero, la lucha social, los sindicatos, las marchas y huelgas, los partidos políticos, principalmente comunista y socialista.

LA MASCULINIDAD LOTINA: PROLETARIADO PATRIARCAL

Lota es una ciudad de una gran cultura popular y de una larga tradición obrera, además de su ejemplo de emprendimiento capitalista y es, en esta medida, que posee muchas historias, leyendas y mitos que sostienen variados discursos que se repiten como íconos permanentes o improntas del imaginario lotino. Así, las figuras del patriarca fundador, Matías Cousiño, son repetidas innumerables veces en nombres de centros educacionales, calles, plazas, monumentos y otros a través de la ciudad; así también, y como contraimagen complementaria, está Baldomero Lillo. Uno como empresario y emprendedor, otro como denunciante de las condiciones miserables en que viven y trabajan los mineros. Sin embargo ambos comparten esa forma patriarcal y machista que desde temprano está asociada al trabajo y a la mina.

Desde temprano, en los relatos se destacan estas condiciones de macho en el trabajo, así, en el cuento la Compuerta N°8, Lillo narra que “él no era ya un chicuelo, como los que quedaban allá arriba que lloran por nada i están siempre cojidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a quien había que tratar como tal” (Lillo, 1904 p. 12).

Estas cualidades permanecen y se reafirman a través del tiempo, “es allí donde se trabaja ‘como hombres’. Los demás trabajos que hacen en otras partes no alcanzan a darles esa sensación de varonilidad, de desprecio de aquellos peligros que un día cualquiera pueden surgir cuando aparece el gas grisú, el siniestro ‘viento negro’, que, como ola impulsada por fuerzas satánicas, provoca las explosiones y los derrumbes.” (Durand, 1952, p. 33).

Características destacadas en un trabajo de extrema dureza y de permanente enfrentamiento con la muerte, con esta convicción educan y crían a sus hijos en una reproducción cultural propios de las identidades arraigadas en esta cultura del trabajo. “No son, por cierto, el producto de hombres sin ñeque. Porque ñeque se necesita para trabajar en el fondo de un pique y también para que la raza se prolongue en retoños robustos, como esos que saltan y gritan por allí. Muchos se irán a donde se les

ocurra. Y muchos, acaso los más, llevan ya corazón adentro metido el virus del minero. Querrán ir a la mina, “que es trabajo para hombres” (Durand, 1952, p. 34).

Es así como el trabajo del minero se constituye en Lota como la principal actividad de construcción de lo que Connel denomina como una “masculinidad hegemónica” (1995), entendiendo lo hegemónico como una posición que representa los ideales o principios sociales a los que aspira una determinada comunidad, y que en este caso están asociados a los valores o características propias de lo que socialmente se atribuye a lo masculino. En este sentido, lo masculino hegemónico no es una posición natural a la del hombre sino más bien un lugar en el que históricamente se han situado hombres y también mujeres, quedando, a la vez, en un terreno marginal o de borde, los demás sujetos que no son capaces de representar aquella “suma de todas las cualidades y valores masculinos deseables construidos histórica y socioculturalmente” (Goosses, 2001 p. 210). En palabras de Zapata Galindo (2001):

“[esta] masculinidad, pensada en tanto que ‘configuración de práctica’, es determinada por tres estructuras. 1. Las relaciones de poder: éstas reproducen el patriarcado al establecer y mantener la subyugación de la mujer y la dominación del hombre en lo económico, lo político, lo social y lo cultural. 2. Las relaciones de producción: la división laboral por género se encuentra en el centro de la práctica social generizada y determina la producción y reproducción en el sistema capitalista. No sólo en la redistribución de la riqueza social, sino también en la acumulación de capital se trata sin ninguna duda de un proceso relacionado con el género, que asegura la preeminencia masculina en el campo económico. 3. Las relaciones emocionales: aquí se trata de las prácticas que determinan el deseo y la sexualidad, y que explican por qué a la heterosexualidad se le concede la preeminencia social en la construcción del sexo, de la identidad de género, del deseo y de la sexualidad” (pp. 231-232).

De esta forma, la mina y el ser minero son el lugar y la actividad, respectivamente, que implican el lugar de lo hegemónico masculino. En este caso, es el lugar del hombre que sustenta el hogar, protagonista de la actividad económica, que trabaja con los peligros que la mina implica, en un trabajo caracterizado por la fuerza, rudeza, tosquedad y valentía. La masculinidad hegemónica desde lo laboral, será a su vez, traspasada a la dimensión política, y de esta manera la actividad sindical, los movimientos huelguísticos, las marchas y protestas sociales, serán también lugares en donde los hombres tendrán el protagonismo. Sin embargo, a diferencia del trabajo minero, será en la acción política en donde la mujer lotina encontrará un espacio de emergente inclusión, aunque ello no implique necesariamente una relación de igualdad social, sino el mantenimiento de una estructura patriarcal disfrazada bajo el atuendo revolucionario del proletariado minero (Figueroa, 2009).

LAS MUJERES EN LOTA Y SU POLIFONÍA HISTÓRICA

El lugar de las mujeres en Lota puede considerarse como una polifonía considerando que, al estar ellas marginadas de este espacio masculino hegemónico, han ocupado una variedad de roles, incluso contradictorios entre sí, los cuales nos muestran diversas formas de ser mujer, en vez de una Mujer lotina. La alimentación y procreación, la higiene y ornato doméstico, la prostitución, las actividades religiosas, la vida social en hornos y lavaderos colectivos, la actividad política, y el comercio son algunas de las notas que dicha polifonía incluye.

En los inicios de la urbanización e industrialización de la ciudad, la mujer fue asociada a una serie de actividades: “los juegos de azar, los bailes, el canto, las mujeres, el alcohol y en general toda entretención” (Figueroa, 2009, p. 76). Ello tuvo el propósito secreto, por parte del emergente

monopolio empresarial, de atraer a hombres a la zona para convertirlos en mineros. Si bien los burdeles continuaron por largo tiempo, llegando a alrededor de doscientos en 1930, posteriormente las políticas de eugenesia fomentaron la construcción de una mujer en pos de la higiene y alimentación en el hogar, en el espacio de lo doméstico. Ello configuró un imaginario social dicotómico, el de una mujer sucia, carnal y peligrosa para el orden social⁴, en oposición a una mujer limpia, recatada y preocupada de la asistencia diaria de su esposo a la mina. Con el auge económico, fruto de la extracción del mineral, las mujeres lotinas fueron consolidando su rol femenino, propio de las culturas patriarcales, dentro del hogar en dichas labores domésticas, en la crianza de los niños, apoyo al marido cuando está en la superficie de la ciudad:

“La importancia de la mujer en la vida de uno es porque lo acompaña a uno, lo acompaña haciéndole el manche, el almuerzo, el desayuno, desde que se casó con ella, hasta que muera yo me imagino pues, porque ella es la que hace en la casa, ella es la que le hace la comida, eso es importante” (Ex minero de Lota)⁵.

Especial importancia revisten las características arquitectónicas de los pabellones obreros, y los hornos, baños, y lavaderos colectivos, ya que, si bien el papel de lo doméstico se articula tradicionalmente a la esfera de lo íntimo, el carácter público de dichos espacios van conectando las labores hogareñas con un quehacer comunitariamente organizado, y por ende, posibilitan procesos de colectivización, vínculos de solidaridad, y el nacimiento de una actividad política femenina.

A través de la historia, las mujeres van apropiándose del terreno público, lo laboral y lo político; un ejemplo es su participación en la Compañía⁶. En términos de organización, en enero de 1920 se había fundado el Consejo N°1 de Curanilahue, afiliado a la Gran Federación, que reunía a 2.200 miembros y también existía un Consejo Femenino N° 1 (Venegas, 1997, p.18). La presencia de las mujeres está incluso en el trabajo de la mina, siendo los propios mineros quienes luchan y apoyan la creación de sus primeras organizaciones sociales de género.

Así, tempranamente existe el Centro Femenino de Lota, denominado “Patria y Hogar”, el cual agrupaba a mujeres de trabajadores mineros. Sin duda, esos son tiempos en que se ha desplegado una “política de género” en todos los ámbitos de la actividad social del país. Política de género femenino que formaba parte de la competencia que se desarrollaba entre las instituciones asistencialistas y las organizaciones obreras por captar masa de pueblo y adscribirla a la lógica de sus movimientos e instituciones (Illanes, 2001).

Asimismo, las labores domésticas, mediante su incorporación al ámbito público, van tejiendo una incipiente actividad comercial por parte de las mujeres. La llamada “economía casera” se traslada desde lo íntimo a lo colectivo; los pabellones y las calles se transforman también en lugares de compra y venta. Este emergente comercio femenino, en sus inicios, incluye a sastres, costureras, sirvientas, cocineras, lavanderas y vendedoras de diverso tipo, lo cual no implicó necesariamente que la dedicación a las labores domésticas no continuase siendo el papel hegemónicamente esperado para ellas; esto se expresó en campañas de difamación contra las comerciantes mujeres hacia fines de la década de 1930.

“el ordenamiento social impuesto tendía a desvirtuar cualquier actividad económica de carácter remunerado y que diera cierta libertad de acción –toda vez que el salario les

⁴ “las mujeres, y más específicamente lo femenino, fue identificado como el origen de las bataholas sociales, ya que eran ellas las que propiciaban el espacio de aglutinación de trabajadores” (Figueroa, 2009, p. 77).

⁵ En “Los mineros del carbón”, reportaje del programa “Al sur del mundo”. Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=l6aVJSGfW5U>

⁶ Compañía Carbonífera Industrial de Lota.

permitía cierta independencia económica- a las mujeres (...); se asoció cualquier trabajo independiente –es decir, sin supervisión masculina, de los esposos o las empresas- a la condición de meretriz” (Figueroa, 2009, p.128).

EL CIERRE DE LA MINA: MASCULINIDADES NO HEGEMÓNICAS

En 1997, bajo la administración del Presidente Frei, la mina es cerrada definitivamente, inundando sus piques, despidiendo y finiquitando a todo el personal que aún trabajaba para ENACAR⁷. Fueron años de postergación de una decisión ya comprendida y dilatada desde mediados del siglo, cuando el petróleo y la hidroelectricidad se plantean como recurso energético de mayor eficiencia y de menor contaminación, el cierre de las minas era un secreto a voces que nadie quería asumir. El ferrocarril, las navieras y fundiciones que usaban carbón como fuente de energía, ya no operaban. De esta manera comienza la declinación de una ciudad que también cierra sus fábricas de ladrillos refractarios y vidrios.

Esta ciudad monoprodutora recibe una implosión social, un estallido paralizado de sus principales trabajadores, la mano de obra cesante de cientos de ex mineros que, con subsidios estatales, deambulan por sus calles preparándose para una nueva vida, aprendiendo nuevos oficios que nunca prosperarán. Ex mineros jubilados antes de los 50 años, planes pro-empleos que alargarán y multiplicarán la agonía de una clase trabajadora que sabe un hacer que no puede realizar y que con sentimientos encontrados comienza a desprenderse de las virtudes y fortalezas que en el pasado les dieron la gloria y el honor de ser los pioneros de los trabajadores chilenos.

La hegemonía masculina del hombre minero en Lota experimenta una fractura estructural, luego del cierre de la mina; por un lado, quiebre de una subjetividad laboral exclusivamente masculino; por otro, quiebre de una identidad política masculinizada, en virtud del fracaso de las negociaciones, huelgas y protestas de las dirigencias partidistas por mantener la mina funcionando. Estas pérdidas en lo laboral y en lo político implican una fractura en la imagen de fortaleza que la masculinidad hegemónica debe proyectar a los demás y a sí misma, y emerge la tristeza y el dolor de manera abrupta e inevitable:

“fue impactante, emocionante, porque nos encontrábamos con mineros que lloraban, se abrazaban unos con otros... fueron las esposas algunas de ellas a esperar a sus esposos, a contarles y a decirles que estaban con él... (suspira y contiene el llanto)... disculpen... (...). La principal característica que tiene el trabajador minero, es su carácter fuerte, estoico... pero también tiene una sensibilidad interior, es sensible, es solidario, es muy apegado a su familia... Da la protección, pero era un momento muy doloroso, que al recordar me causa mucha pena... y que los trabajadores, a pesar de todo, sintieron que ya no tenían más fuerza para seguir luchando... confiaba en que los dirigentes íbamos a jugar un papel fundamental en que esta debilidad... (suspiro profundo)... la podíamos transformar en fortaleza” (Jaime Ramírez, Ex dirigente minero de Lota)⁸.

Ante dicha tristeza y dolor se abren dos caminos, por un lado emerge la necesidad de reconocer aquellos sentimientos ante los demás, es decir, experimentar dichas emociones de forma abierta; y, por otro lado, simultáneamente se experimenta un dolor aún mayor, ya que “este temor tiene que ser reprimido porque es, en sí mismo, inconsistente con la masculinidad dominante” (Kauffman, 1994, p.

⁷ Empresa Nacional del Carbón.

⁸ En “Lota”, reportaje del programa “Chile se moviliza” del Canal La Red, 2013. Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=gS6LitTXsbY>

5). Tal como plantea una canción del folclor lotino: “los hombres ocultan su pena con resignación” (Reportaje a Lota, 1970)⁹.

La clausura de la mina, además de impactar en lo económico, social e identitario, también tiene consecuencias en la configuración del movimiento espacial de los sujetos por la ciudad; la mina como espacio que desaparece, implica la reorganización de los espacios ya existentes. Estas reconfiguraciones se yuxtaponen a la dimensión del género, y se desarrollan en un viaje desde el espacio del subterra al subsole. Los ex mineros se ven forzados a deshabitar el subterra como espacio exclusivo de identificación masculina y ello significa volver al subsole, en donde han sido mujeres y niños “quienes han residido de forma permanente en él. Los hombres sólo transitaban esporádicamente por las calles y pabellones de los recintos –a la vuelta de la mina, en los lugares de diversión o en el hogar-. Las mujeres y niños, en cambio, lo han ocupado siempre” (Figueroa, 2009, p. 50).

Si bien el subterra fue un espacio exclusivamente masculinizado en términos de división sexual del trabajo, de modo simultáneo, le fue adjudicado un deseo sexual heterosexual, que identifica a la mina con lo femenino:

“Conocido es el mito que prohíbe el ingreso de las mujeres al interior de las minas (...) bajo la firme creencia que su ingreso implicaría el acontecimiento de grandes catástrofes. Don Estanislao Pérez, que trabajó cincuenta y cinco años en las minas, señala: <<la mina es como una mujer, hay que estar pendiente de ella. Se enoja y lo cala>>” (Figueroa, 2009, p. 44).

El subterra fue un espacio femenino desde la perspectiva de lo natural, lo oscuro, lo emocional y lo impredecible. La mina adviene espacio del quehacer masculino porque justamente es femenina; la operación controlada y activa del trabajador minero se efectuaba sobre una mina feminizada, en donde la mujer es asociada a la naturaleza, y sus caprichos y emociones son el gas grisú y las explosiones y derrumbes que provoca. El subterra entonces establece en el minero una “matriz de deseo heterosexual” (Butler, 1990); en tanto el sexo, el género y el deseo se articulan de un modo hegemónico para el hombre; ello explica que la presencia femenina en la mina sea símbolo de desgracia, ya que insinúa un acto homosexual o lésbico, por tanto constituye un tabú cultural.

El cierre del subterra entonces se puede comprender como una desgracia similar a lo anterior, en donde la actividad masculina del trabajo minero sobre la mina feminizada concluye, por lo que lo masculino mismo pierde la relación desde la cual se constituye subjetivamente. Sin el subterra el minero ya no puede detentar la masculinidad mediante el goce heterosexual que la mina supuso; el fin del subterra y el regreso definitivo y permanente al subsole insinúa la pregunta al minero: ¿aún soy hombre?

La aparición del subsole coloca entonces en juego otro sistema dual en movimiento, que refiere al Lota Alto y al Lota Bajo como espacios del subsole. Mientras Lota Alto fue el lugar de los emplazamientos mineros, de los pabellones proletarios junto a las residencias de la familia Cousiño; Lota Bajo es el espacio en donde se desplegó el comercio y administración urbanas, junto a las residencias de quienes desarrollaban tales actividades. Cada zona tiene una estructura urbana diferente. La sinuosidad de la cordillera junto a las ruinas de un Lota carbonífero, se confrontan con lo rígido y riguroso trazado ortogonal de la ciudad¹⁰. La presencia del Parque Botánico en Lota Alto –que ahora sirve sólo de atractivo turístico- hace recordar la presencia de Isidora Goyenechea, quien, luego de la muerte de su esposo Matías Cousiño, dirigió la mina por 20 años llevando a cabo importantes transformaciones industriales y urbanas. Los pabellones del Lota Alto –ahora monumentos

⁹ Disponible en <http://www.youtube.com/watch?v=hUyG2aR7Zb0>

¹⁰ Disponible en <http://lota.cl/municipalidad/index.php/nuestra-ciudad/resena-historica>

patrimoniales- evocan la cotidianeidad proletaria de las mujeres, niños y ancianos de aquella época. Se produce un desplazamiento al interior del subsole femenino, desde un Lota Alto de carácter minero, en donde convivió lo burgués-proletario, hacia un Lota Bajo comercial-administrativo, en donde se va tejiendo un nuevo modo de ser lotino y lotina. La Feria libre de Lota emerge como nuevo espacio de construcción identitaria.

LA FERIA LIBRE DE LOTA: UNA FEMINIZACIÓN DE LA CIUDAD

Frente al cierre de ENACAR, el fracaso del Plan de Reconversión Laboral para los ex mineros, y los altísimos índices de pobreza y cesantía en la zona, la mujer lotina ha tenido que buscar nuevas formas de obtener recursos para aportar al desarrollo y la subsistencia familiar. Ellas han salido a la calle, a buscar, a trabajar, a rebuscárselas en ese mundo masculino que por más de un siglo la ha ubicado atrás, adentro de los hogares y en un segundo plano, en el fondo de una figura patriarcal y masculina que construyó y se apoderó de todos los espacios de la ciudad. Sin embargo, ese fondo comienza a hacerse figura donde están los alimentos principales de la subsistencia del hogar, en la feria de Lota.

La feria libre de Lota posee una superficie de unas diez cuadras aproximadamente, distribuidas en torno a unas siete manzanas ubicadas en Lota Bajo, entre la calle Cousiño y el Mercado. Allí se ofrecen todo tipo de productos agrícolas: hortícolas, granos, frutas y legumbres; alimentos para los animales, animales vivos; productos del mar: pescados y mariscos, algas, cochayuyo; ropa nueva y usada, zapatos y zapatillas, sombreros, cinturones; productos para el hogar, utensilios de cocina, muebles, decoraciones; juegos y juguetes; productos de ferretería; etcétera.

Este lugar es el centro ciudadano lotino, por excelencia, donde los actores sociales realizan su principal quehacer económico, el comercio. Allí se establecen múltiples situaciones de relaciones sociales que a diario convergen en estas actividades de intercambio, las cuales sobrepasan lo netamente comercial. Es allí donde, principalmente, los sujetos recrean sus identidades locales y hacen perdurar los movimientos simbólicos propios del hacer ciudad y su condición de seres urbanos.

Tarde o temprano, todos lotinos llegan a la feria, allí se encuentran y se reconocen. En sus cuadras aledañas están la plaza y el único paseo peatonal de la ciudad, la Municipalidad, la biblioteca municipal, el BancoEstado, único banco existente, los supermercados y el pequeño comercio establecido. Es decir, se produce y reproduce el vecindario urbano, la identidad y el encuentro, la localización y la confianza dentro de los que estos sujetos pueden ser reconocidos y organizados. Se puede establecer que es allí, en la feria, donde la construcción de sujetos cobra relevancia central como sostén de una identidad consolidada a través de las generaciones y donde el hacer ciudad se constituye, ya que

“la relación entre la producción de los sujetos locales y los vecindarios en los que tales sujetos puedan ser producidos, nombrados y capacitados para actuar socialmente es una relación histórica y dialéctica. Sin sujetos locales confiables, la construcción de un terreno local de habitación, producción y seguridad moral no tendría ningún sentido ni interés. (...) sin la previa disponibilidad de un terreno conocido, nombrado y negociable, las técnicas rituales para crear sujetos locales serían algo abstracto y, por lo tanto, estéril. La reproducción a largo plazo de un vecindario que sea simultáneamente práctica, valorada y tomada como algo dado y natural depende de una aceitada interacción entre los espacios y tiempos localizados y los sujetos locales en posesión del conocimiento necesario para producir lo local” (Appadurai, 2001, p. 190).

Esta feria es verdaderamente un lugar antropológico, al decir de Augé (1992), un lugar de identidad donde los procesos de enculturación y socialización son permanentes, donde los “nuevos miembros

puedan ser transformados, en forma permanente o temporaria, en sujetos locales, [ya que para ello] resulta imprescindible la existencia de lugares y espacios insertos en un vecindario espaciotemporal” (Appadurai, 2001, p. 193).

Desde aquí se despliega un proceso de “feminización de la ciudad”, en donde la mujer se ve demandada a ocupar, en primer término, un lugar protagónico en el espacio urbano, tiñendo así de los valores asociados a lo femenino las interacciones comerciales, los espacios arquitectónicos, las conversaciones cotidianas en los lugares públicos. Sin embargo, en segundo término, este proceso de feminización no es meramente un reacomodo, un giro o un traspaso en donde la mujer asume una posición antes ocupada por el hombre, sino que aquel movimiento implica una nueva interrogante hacia a los hombres y mujeres lotinos, pregunta que invita a una re-feminización y re-masculinización de las actividades laborales, los quehaceres domésticos y, así también, de los cuerpos y de la sexualidad de cada uno de estos sujetos.

No se trata de ser hombre y ser mujer en nuevos espacios, sino que aquello implica ahora resignificar y por tanto reconstruir el género en un nuevo escenario que lo demanda y obliga. Ante una masculinidad hegemónica deshabitada ocurren dos fenómenos, por un lado la construcción de una feminidad que es llamada a reinventarse desde lo hegemónico y, por otro, la construcción de la masculinidad como una posible variante más de las sexualidades periféricas (Foucault, 1975). En relación a lo primero, las mujeres al permanecer activas tanto dentro del hogar como en el mundo público, han invadido los diferentes espacios significativos de la ciudad convirtiéndolos en lugares feminizados. De este modo, a partir de la identificación de algunos hitos relevantes (De Dinechin 2001, Grandón, 1998), interesa estudiar sincrónica y cualitativamente la existencia de dichos caminos descritos, que dicen relación con procesos políticos, organizacionales y de género. En relación a lo segundo, los ex mineros se han quedado sin un hacer que los caracterice, se han quedado cesantes y sin oficio útil para realizar en algún lugar, sin fuentes productivas, cada vez con menos espacios públicos, parados en las esquinas con las manos en los bolsillos como si de esperar algo se tratase. Esto ha provocado no sólo la pérdida de la esperanza o una desesperanza, sino que en la inactividad, muchos han quedado sólo con la espera (Medina, 2010).

Esta feminización de la ciudad que implica un atentado a la posición de privilegio (Duarte, 1999) que los hombres ocuparon históricamente en Lota, y las alternativas ofrecidas por la propia masculinidad hegemónica se expresan en una violencia hacia quienes ocupan el lugar de privilegio ahora, violencia que permite rehuir a la tristeza o melancolía que vienen a ser considerados emociones femeninas y por tanto no permitidas, censuradas, clausuradas.

“En ese movimiento las violencias constituyen alternativa, como ejercicio reafirmador y aportador de estatus para enfrentar las dificultades mencionadas. Vale decir, ante la imposibilidad de vivir a plenitud lo esperado socialmente, lo mandado desde la masculinidad hegemónica, se busca resolver dentro de esa misma matriz a través de la radicalización de uno de sus componentes centrales: el ejercicio de dominio y control sobre los que se consideran más débiles –mujeres, niñas y niños, y hombres de posición de prestigio menor en cierta grupalidad-. Cuando es ejercida contra mujeres, si bien se mantiene la violencia física y la agresión material (...) a ella se han sumado otras formas que son significadas como sutiles y menos evidentes” (Duarte, 1999).

Los casos de violencia intrafamiliar, los golpes hacia la mujer, los casos intramuros, ocultos por la intimidad de la familia comienzan a descubrirse y denunciarse, tal como son constatados en Carabineros y en la Casa de la Mujer, donde son acogidas las víctimas, asesoradas y acompañadas: “en Lota somos campeones de violencia intrafamiliar”. Y así también coexisten aquellas formas más invisibles o solapadas: “quién te va a dar trabajo a vó, tenís cuántos años, si más encima soi chica, soi

guatona”” (Extracto de entrevista, 2010). Dicha emergencia de la violencia, la rabia y la impotencia, y al mismo tiempo la clausura de aquellos afectos vinculados a lo femenino, como el llanto, implican consecuentemente un mayor dolor soterrado que alimenta el padecer de los hombres. Se asiste a una nueva construcción de la masculinidad.

BIBLIOGRAFIA

ALCALDE, A. (1973). Reportaje al carbón. Santiago, Chile: Editorial Quimantú.

APPADURAI, A. (2001). La modernidad desbordada. FCE. México. p 190.Ibíd.

ARAVENA, J. y BETANCUR, C. (1999). Crisis y reconversión laboral del carbón. Propositiones Vol. 27, Santiago de Chile, Ediciones Sur.

ASTORQUIZA, O. (1952). "El centenario de Lota", en Octavio Astorquiza y Oscar Galleguillos, Cien años del carbón de Lota. 1852 - septiembre - 1952 (pp. 15-16). Santiago de Chile: Compañía Carbonífera Industrial de Lota.

ASTORQUIZA, O. y GALLEGUILLOS. O. Cien Años del Carbón de Lota. 1852- septiembre-1952. pp. 212. Santiago de Chile, Compañía Carbonífera Industrial de Lota.

AUGE, M. (2003). “Los no lugares. Una antropología de la Sobremodernidad”.

BAEZA, M. A. (2008). Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda. Santiago, Chile: Ril Editores.

BUTLER, J. (1990/2001). “El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad”. Barcelona: Paidós.

CASTORIADIS, C. (1985). La institución imaginada de la ciudad, Volumen 1. Tusquets, Barcelona.

CORVALÁN, G. (1992). "Modo de vida de los mineros del carbón. Golfo de Arauco", en Mundo Minero. Chile, siglos XIX y XX (pp. 125-150). Santiago, Chile: Universidad de Santiago de Chile.

CONNEL, R. (1995). “La organización social de la masculinidad”, en Valdés, T. & Olavarría, J. (eds.), “Masculinidad/es. Poder y crisis”, N° 24, pp. 31-48. Santiago de Chile: ISIS-FLACSO Ediciones de Mujeres.

DE CERTEAU, M. (2000). La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer. Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México.

DE CERTEAU, M., L. GUIAR Y P. MAYOL (1999). La invención de lo cotidiano. 2 Habitar, cocinar. Universidad Iberoamericana e Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México.

- DE DINECHIN, Ph. (2001). *Identidad y reconversión en las ciudades carboníferas de Lota y Coronel - Chile*. Concepción, Chile: Fundación Cepas.
- DI TELLA, T.; BRAMS, L.; REYNAUD, J. D. & TOURAINE, A. (1966). *Huachipato et Lota: Etude sur la Conscience Ouvriere dans deux Entreprises Chiliennes*. Paris, Francia: Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.
- DUARTE, K. (1999). "Privilegios patriarcales en varones jóvenes de sectores empobrecidos: ¿cambios o acomodados?, en "Juventud protagonista: capacidades y límites de transformación social", Revista de Estudios de Juventud, diciembre 11, n° 95.
- DURAND, G. (2006). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. FCE, México.
- DURAND, L. (2004). *Lota: evocación y realidad*.
- FIGUEROA, C. (2009). *Revelación del subsole. Las mujeres en la sociedad minera del carbón. 1900-1930*. Santiago de Chile: ICSO, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Ediciones de la DIBAM.
- FOUCAULT, M. (1976). "Historia de la sexualidad. La voluntad de saber". Barcelona: Paidós.
- GALLEGUILLOS, O. (1952). "La epopeya del carbón", en Astorquiza, Octavio y Galleguillos, Oscar, *Cien años del carbón de Lota. 1852 - septiembre - 1952* (pp. 17-28). Santiago de Chile: Compañía Carbonífera Industrial de Lota.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1999). *Imaginario urbano*. Eudeba, Buenos Aires.
- GOOSSES, A. (2011). *La tierra gira masculinamente, compañero. El ideal de masculinidad del guerrillero*. En *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*, Silke Helfrich, Econoprint S.A. de C.V., El Salvador.
- HOBBSAWM, Eric (2002). "Introducción: la invención de la tradición", en Hobsbawm, E. y Ranger, T., *La invención de la tradición* (pp. 7-21). Barcelona, España: Editorial Crítica.
- ILLANES, M. A. (1990). *La revolución solidaria: historia de las Sociedades Obreras de Socorros Mutuos: Chile, 1840-1920*. Santiago: Prisma. p. 145.
- (2001). "Ella en Lota-Coronel: Poder y Domesticación. El primer servicio social industrial de América Latina", *Mapocho*, (49): 141-148, Santiago.
- KAUFMAN, M. (1994). "Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres", en ARANGO, L.; LEÓN, M.; & VIVEROS, M. (comp.). "Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino". Bogotá: Tercer Mundo, pp. 123-146.
- LILLO, B. (2009). *Obra completa*. Edición preparada por Ignacio Álvarez y Hugo Bello. Santiago, Chile: Biblioteca Chilena de Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado.

- MEDINA, P. (2010). "La espera como forma alienada del sufrimiento humano. La historia interrumpida de un pueblo minero", en Bilbao, Alejandro y Morlans, Ignacio (editores), *Duelo, pérdida y separación: Figuras del sufrimiento humano* (pp. 117-128). Valparaíso, Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- ORTEGA, L. (1992). "El mundo del carbón en el siglo XIX", en Orellana Muerman, Marcela y Muñoz Correa, Juan G. (Eds.), *Mundo minero. Chile, siglos XIX y XX*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile, 101-124.
- PLATH, O. (1998). *Folclore del carbón en la zona de Lota*. Ed. Grijalbo, Santiago. p.108.
- RIVAS, G. (2000). "Prólogo", en Vega, Pascual, *Once días bajo tierra*. Coronel, Chile: Imprenta San José.
- RODRÍGUEZ, J. C. (2010). "De la ciudad del trabajo a la ciudad del vacío: el lugar del sufrimiento", en Bilbao, Alejandro y Morlans, Ignacio (editores), *Duelo, pérdida y separación: Figuras del sufrimiento humano* (pp. 91-106). Valparaíso, Chile. Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- RODRÍGUEZ, J. Y MEDINA, P. (2011). *Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota*. Revista Atenea, N° 504, pp. 144-176, Universidad de Concepción.
- (2011). *Modelo de acumulación minero y territorio: trabajar y habitar*. En *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, N° 24, pp. 25-37, Jul./dez. 2011. Editora Universidade Federal do Paraná, Curitiba, Brasil.
- (2012). *Culturas mineras y proyectos vitales en las ciudades del carbón, el nitrato y del cobre en Chile*. Revista Chungará. Revista de Antropología Chilena, Universidad de Tarapacá.
- ROMÁN, J. (1970). *Reportaje a Lota (documental)*. Fotografía: Diego Bonnacina; montaje: Carlos Plaggio; voz en off: Marta Contreras. Departamento de Cine de la Universidad de Chile de Valparaíso - Central Única de Trabajadores.
- SARAMAGO, J. (2008). *La caverna*. Madrid, España: Editorial Santillana.
- VEGA, P. (2000). *Once días bajo tierra*. Coronel, Chile: Imprenta San José.
- VENEGAS, H. (1997). *Crisis económica y conflictos sociales y políticos en la zona carbonífera, 1918-1931*. En *Contribuciones científicas y tecnológicas, Área Ciencias Sociales y Humanidades*, (116): 125-153, Santiago. Ubicación: Sección Revistas 12.
- (2008). *El carbón de Lota. Textos y fotografías a fines del siglo XIX. Las visiones de Francisco Marcial Aracena y Guillermo E. Raby*. Santiago, Chile: Editorial Pehuén.

ZAPATA GALINDO, M. (2001). Más allá del machismo. La construcción de masculinidades. En Género, feminismo y masculinidad en América Latina, Silke Helfrich, Econoprint S.A. de C.V., El Salvador.